

lapso

contumacem



Capítulo 1

Capítulo 2

Casi me mata. Era la anécdota preferida de mi padre, en las reuniones con amigos, en las comidas con la familia siempre la contaba, nunca perdía la oportunidad. Casi me mata empezaba, giraba la cabeza hacia mi en un gesto acusativo y volviendo la mirada a su público continuaba; el día en que su madre y yo lo estábamos fabricando, justo en el momento de correrme, tuve un paro cardíaco, una bofetada de su madre a tiempo me devolvió a la vida; extendía los brazos y mirándome de nuevo exclamaba; las fechas cuadran hijo! Para rematar la gracia y en tono de disculpa añadía; así ha salido! Mi madre le cogía del brazo y le recriminaba con sorna; Octavio! Y cuando el público le reía el chiste, mi padre adoptaba otra vez el rictus serio y solamente para mis oídos, repetía entre dientes; así ha salido.

Así ha salido, siempre he tenido presente estas palabras, en los momentos de tensión se me reproducen en el cráneo con un ruido sordo, como al agitar una caja repleta de virutas de metal. Así ha salido, y hoy era uno de esos momentos, hoy podría encontrar por fin el equilibrio en mi vida que nunca he tenido, hoy podría encontrar por fin, el tiempo perdido. Desplegué las patas del trípode y coloqué la cámara de video a la altura necesaria, para que una vez los tres sentados en el sofá se nos viese de cuerpo entero, comprobé que tuviera batería y que su funcionamiento fuera correcto. Le puse pilas nuevas al despertador y lo sitúe justo en la mesita adjunta al sofá. Me senté en una silla, frente al escenario que había creado, reprimiendo las ganas de volverlo a revisar todo y espere la llegada de mi mujer y mi hijo. Enekepe era negra, musculosa, caoba y de perfiles definidos, Nigeriana y de pocas palabras. La había conocido hacia

cinco años, al mes nos casamos, nunca la he querido, pero nunca he necesitado más a una mujer como a Enekpe. Al poco habíamos tenido un hijo, mi hijo, mi pequeño mestizo, me podía pasar horas acariciando sus pequeños rizos, jugando con sus deditos mulatos, escuchando sus alegres y absurdos monólogos de niño. Tenía cuatro años y ya era suficientemente adulto y coordinado para realizar la prueba. Hoy era el día y la puerta se había abierto mostrando a Enekpe y a mi pequeño mestizo. Se me tiro a los brazos ¡Papi! ¿Estas lista? Si; respondió con su acento grabe Enekpe; y tu Nico, ¿sabes lo que tienes que hacer? ¡Si papi! Y con una sonrisa dio una palmada en el aire con los dedos abiertos; muy bien, sentaros.

Había esperado con ansia cuatro años a que mi hijo pudiera entender lo que se le pedía que hiciera, aunque se lo había planteado como un juego, de hecho, cualquiera que viera lo que íbamos a hacer, no pensaría otra cosa sino eso, que no era más que un juego, un juego infantil, un juego infantil y extraño. Pero era la prueba mas importante que íbamos a realizar, la verdad que marcaría la vida de los tres de hoy en adelante.

Puse el despertador para que sonase en un minuto, le di al Rec. de la cámara y me senté con ellos, Enekpe a la izquierda, mi hijo en el centro y yo a su derecha, tic tac, tic tac, tic tac y por fin sonó y los tres, al unísono, dimos una palmada. Me levante de un salto, cogi la cámara y rebobine las imágenes, las rebobine una vez más y volví a mirarlas ¿Y bien? Pregunto Enekpe impaciente ¿papi? Me reclamaba atención mi hijo ¿papi triste? Y cuando estaba mirando la grabación por tercera vez, comencé a llorar.

Nunca fui un buen estudiante, en esas reuniones en las que la tutora te decía; y ahora espera un rato fuera que

voy a hablar a solas con tus padres, sentado, oía a través de la puerta, una y otra vez, año tras año; no es que sea tonto, solo que le cuesta un poquito mas que al resto de niños... es quizá, un poquito mas lento, necesita esforzarse más que los otros y ustedes le tienen que ayudar. Este zoquete no tiene arreglo señora; sentenciaba mi padre, y la reunión terminaba ahí. Y era cierto, cada vez que el profesor me preguntaba algo en clase, yo me esforzaba con todas mis fuerzas para responder rápido, pero al encontrar la respuesta acertada el profesor ya había perdido la paciencia, miraba al techo y suspiraba; como de costumbre el señorito no sabe la respuesta, ¿alguien que le pueda ayudar? Y algún compañero respondía quitándome las palabras de la boca.

Mi vida no mejoró con el tiempo, en la adolescencia, una vez ya acabados los estudios básicos y aun demasiado joven para tener un empleo estable, me pasaba el día deambulando por la calle. Apenas tenía relación con nadie, había aprendido que la gente solo me trataba de dos formas, con condescendencia o con burla y desden. En varias ocasiones había intentado unirme a un grupo de gente de mi edad, pero nunca conseguía entrar en las conversaciones, daba mi opinión a destiempo, y acababa siendo excluido. Poco a poco me fui convirtiendo en más introvertido y callejeando por la ciudad me fui convenciendo de que si, que era estúpido y que nunca podría seguir el ritmo del resto de la gente. Dos cumpleaños, unas navidades y un trabajo de verano en un almacén tardé en reunir el dinero suficiente para poder comprarme mi primera cámara de video. Me gusta observar a la gente, grabarla, recopilar imágenes mundanas del barrendero trabajando, de la señora con el carro de la compra, del ejecutivo hablando por el móvil mientras esperaba en el

semáforo. Me fascinaba esa gente normal, haciendo vida normal y con problemas y alegrías normales. Las luces de las calles pintadas y acuosas en un charco de lluvia, el tráfico móvil e inmóvil, siempre con la misma cadencia, pero siempre con coches y conductores diferentes. Yo era el eterno paseante que grababa el tesoro ignorado de la gente que era capaz de seguir el ritmo del mundo.

Encontré el trabajo perfecto, vigilante nocturno, tampoco podía aspirar a más. Nadie me molestaba y tenía toda la noche para hacer mis grabaciones. A día de hoy sigo teniendo el mismo puesto.

Fue en una de mis grabaciones, mientras esperaba que alguien cruzase un paso de peatones solitario, cuando por fin comprendí la esencia de mi persona, el por qué de mi vida anodina, de mi falta de entendimiento con el resto de personas y la solución la encontré en el televisor.

Cuatro años antes vi por primera vez a Enekpe, en la retransmisión de las olimpiadas de Sidney, cien metros lisos femeninos. La campeona vigente, ya en sus últimos juegos, contra la gran promesa, la joven y velocísima nigeriana Enekpe. La tensión se notaba en las gradas, esa final era una de las grandes citas de los juegos, Enekpe olía a record. Preparadas, listas y ¡Bang! La nigeriana no había aguantado los nervios y se había adelantado en la salida. Fue amonestada y advertida, otra salida en falso y estaba fuera de la final.

Entonces el realizador se centró en Enekpe, en su rostro fibroso; ¡Preparadas! Concentrado; ¡Listas!

Tenso; ¡Bang! Le había vuelto a pasar, se había adelantado, un "ooooh" de cincuenta mil personas en cincuenta mil idiomas envolvía la desesperación de Enekpe, el rostro escondido entre las manos y entre los dedos, ocho lacrimales lloraban fracaso, estaba eliminada.

Había hecho un montaje de videos de apenas minuto y medio de imágenes mías cruzando el paso de cebra y la secuencia cada vez me convencía más de la realidad que solo había sido capaz de intuir durante todos mis años de vida. No podía parar de verlas una y otra vez, me nacía una sonrisa taimada en la boca, negaba con la cabeza y las volvía a visionar. De fondo el televisor, con un canal al azar, el volumen, un murmullo de compañía, no llegué a entenderla, pero una palabra me llamó la atención, era un nombre, gire la cabeza, la voz de un hombre comenzó a hacerse entendible; esta edición; decía; todos tenemos esperanzas, de que por fin, la eterna promesa; ahí descifre el nombre que se había perdido en vacío de mi ensimismamiento; Enekpe, haga una buena salida y demuestre todo lo rápido que es capaz de correr.

Las mejores ideas no nacen del largo meditar, ni las buscas ni las encuentras, te golpean en la cabeza, ese nombre fue mi manzana, mi bañera de Arquímedes. Guardé el montaje de mis imágenes en un pendrive y compré un vuelo de avión, en siete horas estaba en Atenas.

Llegué por la noche a la villa olímpica, me había precipitado tanto que ni me había planteado las dificultades de poder contactar con Enekpe. Ella estaba allí dentro, en el recinto, pero dejando aparte las complicaciones de burlar la seguridad ¿cómo iba a averiguar en qué edificio, en qué planta y en qué habitación estaba? Contemplando las luces de la villa olímpica vi a un joven atleta paseando por los alrededores, seguramente estaba matando los nervios de la competición antes de ir a dormir. Recogí un palo romo del suelo, le seguí hasta un tramo oscuro y le golpee en la nuca, lo ate de pies y manos, un pañuelo

en la boca y a su vez atado a la tubería de unas obras cercanas. Perdona amigo, mañana vendré a liberarte; recogí la acreditación y volví a la ciudad. El plan era dormir esa noche en cualquier rincón, esperar a que Enekpe corriese por la mañana y con suerte, en la retransmisión, el periodista detallaría la localización exacta de la nigeriana, ya que era una de las atletas más famosas y con mas despliegue mediático a sus espaldas de los juegos.

A la mañana siguiente me fui a un bar a ver la carrera, era la noticia de la mañana, del día, de todos los juegos, Enekpe había fracasado otra vez en la salida, eliminada por dos salidas en falso. Los especialistas no daban crédito a lo ocurrido, ¿como una mujer que podría ser la mas rápida de la historia no podía controlar los nervios y fallar siempre antes incluso de comenzar la carrera? Era un caso claro de una cabeza mal amueblada. Unas condiciones innatas como las de Enekpe, capaces de llevarla al olimpo de los mejores atletas, obstaculizadas por unos nervios alterados, que le hacían fracasar juegos tras juegos. Una gran decepción concluían todos. Pero para lo que todos era decepción para mi era esperanza, el resultado de la carrera no hacia más que aumentar mi determinación.

Abrí la puerta de la habitación de Enekpe en la villa olímpica, por un instante no se dio cuenta de mi presencia, estaba arrodillada, junto a la cama, mirando mas allá de lo que sus ojos eran capaces de ver, la sal de las lagrimas se había secado y destacaba como un río muerto en sus mejillas oscuras. Al mediodía había conocido a un periodista, me había hecho pasar por un admirador de Enekpe y le había preguntado si sabia cual era la ventana de su habitación para ir a gritarle palabras de animo. Ahora la tenia justo delante; ¿quien

eres? ¿que haces en mi habitación? Necesito que veas un video; ino quiero hablar con mas periodistas! no soy periodista, solo quiero que veas un video; ivete!; ino me interesa! ivete!; He venido de muy lejos, es un video de un minuto, después de que lo veas, si quieres, me iré, lo necesito Enekpe, te necesito. Quizá fuera el tono de desesperación de mi voz, la curiosidad o quizás ella también intuyese lo que yo la primera vez que la vi, pero al final accedió.

En el primer video se me veía a mi, solo, esperando a que el semáforo se pusiera en verde para cruzar el paso de peatones, más tarde aparecía una señora que esperaba a mi lado el cambio de luz, el semáforo se ponía en verde, la señora cruzaba y unos instantes después, yo hacia lo mismo. El segundo corte de video era el mismo encuadre, el mismo paso de cebra, pero esta vez, junto a mi, habían cinco personas más esperando a cruzar. Luz verde, todos cruzan e instantes después, lo hago yo detrás de ellos. El tercero era exactamente igual, pero mi cara era de tensión, de concentración, verde, todos cruzan y después yo.

¿Y bien? ¿que quieres que vea en este video?; ¿No lo entiendes Enekpe? en el video se ve como siempre cruzo después del resto de la gente, pero yo no esperaba a que cruzasen ellos primero, yo empezaba a caminar justo cuando se producía el cambio de luz, pero por mucho que lo intentase siempre lo hacia un segundo más tarde. Siempre he tenido la sensación de que no podía seguir el ritmo del resto de la gente por que era estúpido, un fracasado, pero la realidad es que en mi vida falta un segundo. Por alguna razón nací un segundo mas tarde de lo que lo tendría que haber hecho en el tiempo, no soy un fracasado, no somos unos fracasados, nuestro tiempo empezó con un

decalage, yo un segundo mas tarde, tu un segundo demasiado pronto. Miro al suelo como asimilando lo que le acababa de contar, alzo de nuevo la cabeza, puso sus ojos en los míos, se limpio las lagrimas y con su acento profundo y gutural dijo; lo se.

¿Y bien?; repitió Enekpe desde el sofá, mientras acariciaba nerviosa los rizos de nuestro hijo. Rebobine una vez mas las imágenes, me senté junto a ellos y se las mostré.

A la izquierda aparecía ella, en el centro nuestro hijo y a la derecha yo. Enekpe daba una palmada en el aire, poco después Nico daba la palmada en el preciso instante en que sonaba el despertador, un instante más tarde yo hacia lo mismo. Los abracé con todas mis fuerzas, besé su pequeña cabeza ensortijada, bese también a Enekpe, con verdadero amor por primera vez y permanecemos entrelazados durante una eternidad, era hora de recuperar el tiempo perdido.